

EL INTRIGANTE CAPITAL SOCIAL

EN LOS ÚLTIMOS AÑOS SE HA VUELTO COMÚN ESCUCHAR LA EXPRESIÓN “CAPITAL SOCIAL”. Se trata de una extraña mezcla de conceptos que intentan aludir a la condición de un tejido social que escapa las mediciones de Producto Interno Bruto o de ingreso *per cápita*. De hecho hay que admitir que el punto de quiebre se generó con la aparición del Índice de Desarrollo Humano de Naciones Unidas que por primera vez en la historia introdujo variables tales como salud pública, niveles educativos de la población y otros para tratar de encontrar una fórmula más sensata y, si se me permite el término, más humana de medición. Este importante indicador internacional señaló las paradojas generadas por la existencia de naciones con ingresos *per cápita* altos, en algunos casos por recursos naturales abundantes, como Kuwait y otras naciones del mundo árabe, que sin embargo al invertir poco en los rubros básicos para el bienestar humano, salen mal calificadas. ¿Cómo alegar en favor de un futuro razonable cuando el

analfabetismo no disminuye, cuando la nutrición no mejora o la esperanza de vida se estanca?

Es en esta modalidad de entendimiento más elaborado de las condiciones de un país que ha surgido la inquietud por conocer con mayor profundidad el estado de ese tejido social. Dos investigaciones al respecto destacan en la última década. La primera es la del innombrable Fukuyama quien tuvo a bien señalar, para incomodidad de muchos, el factor de la confianza (*trust*) como algo central en una sociedad. Confianza entonces entre las personas, confianza entre gobernantes y gobernados, confianza en las leyes, confianza en las instituciones, confianza en las empresas. Confianza como una argamasa sin la cual es imposible que la edificación social crezca y se sostenga. Los juicios políticos sobre trabajos previos de Fukuyama, como “*El fin de la historia*” han arrojado cierta sombra sobre este texto. Otra investigación sobresaliente ha sido la de Robert Putnam conocido por su estudio

sobre la constitución empresarial en Italia (*Making Democracy Work*), con una óptica regional y social. Putnam lleva años siguiendo la pista de ese tejido social capaz de explicar muy diversas reacciones de las sociedades.

En uno de sus trabajos más recientes llamado “*Bowling Alone*” Putnam se refiere con preocupación a la caída o quiebre del capital social en los Estados Unidos. Su tesis es tan sencilla como dramática: el capital social en Estados Unidos alcanzó su clímax poco después de la Segunda Guerra Mundial, alrededor de 1960 y de entonces para acá ha venido declinando. Este notable investigador cuenta con series históricas que rastrean todo el siglo XX y que deberían de ser nuestra envidia, pues en muchas de nuestras naciones la expresión “capital social” es algo totalmente novedoso y ni remotamente se ha pensado en medirlo. En la mejor tradición de Alexis de Tocqueville, Putnam retrata el asociacionismo estadounidense. Se trata de esas “sociedades intermedias”, para utilizar la

expresión del propio francés, de esas organizaciones sociales surgidas para los fines más diversos. Las hay defensoras de un parque, impulsoras de un equipo de fútbol, religiosas, profesionales, gremiales, etc., el listado es infinito. Pero algo queda claro, ese entramado, ese tejido es perfectamente medible y nos desnuda un ángulo de las sociedades que pudiera ser clave para explicar fenómenos como el de la corrupción.

Putnam mide, por ejemplo, el número de membresías en organizaciones voluntarias durante el siglo XX o el monto aportado por los individuos a este tipo de organizaciones como porcentaje del ingreso nacional, o la participación de los individuos como funcionarios o miembros de organizaciones de este tipo o el número de horas dedicadas en promedio a ellas. Al final del día el retrato es muy puntual: hay sociedades en las cuales los individuos se organizan para obtener los fines que se proponen y hay otras en las cuales esto no ocurre. Putnam lleva su estudio al nivel de los distintos esta-

dos de la Unión Americana para llegar a una conclusión dramática y aleccionadora: allí donde el capital social se fractura los números sociales empeoran. ¿Cuáles son estos números sociales? Putnam comienza por lo elemental, los rendimientos escolares, la calidad de los servicios públicos prestados, la seguridad en pueblos y ciudades. En el extremo establece incluso una correlación entre el número de infartos y el quiebre del capital social. Para nuestros fines vale destacar simplemente que ahí donde el capital social se quiebra la evasión fiscal aumenta, los litigios también crecen, y el uso del aparato legal, con costo sobre los ciudadanos y la productividad, también asciende. Sin ser una medición precisa sobre la corrupción sí queda clara una mayor incidencia en la violación de la ley a partir de una caída del capital social.

Habría que trasladar con cuidado la tesis pues Putnam se refiere a una sociedad con una tradición histórica en lo que a organizaciones ciudadanas

se refiere. Esto cambia de nación en nación, pero algo se hace evidente en el estudio, el respeto a la ley en parte también es producto de una sociedad organizada y exigente de que ésta arraigue en la vida cotidiana. Los datos para América Latina son muy escasos pues se trata de una línea de investigación muy poco favorecida en nuestras universidades y centros de estudio. Quizá la pista más sólida sea la confianza interpersonal retratada por la Encuesta Mundial de Valores organizada por la Universidad de Michigan. La tesis es sencilla: ahí donde los ciudadanos no confían en los otros, muchas de las instituciones públicas y privadas se topan con un camino lleno de obstáculos. La confianza interpersonal está estrechamente vinculada con la democracia, con el respeto a la ley y con el asociacionismo.

Para el caso mexicano contamos con varios estudios que nos permiten desnudar una dolorosa realidad. Los mexicanos no confiamos en nosotros mismos, no nos agrupamos para en-

frentar los problemas y en general, a pesar de lo que se dice comúnmente, somos muy poco solidarios. En una encuesta reciente¹ se registra un hecho muy doloroso: el 85% de los mexicanos no participa en grupos organizados. “El buey solo bien se lame” reza la expresión tradicional que por lo visto hemos seguido los mexicanos fielmente. Esa cifra retrata la debilidad de nuestro tejido social. El 15% que sí participa en algún tipo de organización enseña un perfil muy particular: casi el 40% de ellos está vinculado a una organización religiosa, y otro 40% en organizaciones sindicales o agrícolas. El México religioso y corporativo queda allí plasmado. Quiere decir entonces que sólo un tres o cuatro por ciento de la población en México participa en organizaciones ciudadanas de otra índole. En conclusión: los mexicanos no estamos organizados. A todo vamos solos, si vamos.

En ese mismo estudio llama poderosamente la atención el altísimo porcentaje de personas (alrededor del

80%) que declara nunca haber participado en actividades de beneficio común. La segunda versión de este estudio² tiene algunos datos verdaderamente alarmantes, el 72% de los mexicanos considera que sus conciudadanos sólo se preocupan por sí mismos. El 88% considera que si uno no se cuida a sí mismo la gente se aprovechará del incauto. Un 56% considera que es muy difícil organizarse con otros ciudadanos para trabajar por una causa común. Este es el contexto en el cual la corrupción ha encontrado muy pocas resistencias para permear en todos los ámbitos de nuestra sociedad.

SE REGISTRA UN HECHO MUY DOLOROSO: EL 85% DE LOS MEXICANOS NO PARTICIPA EN GRUPOS ORGANIZADOS... EN CONCLUSIÓN: LOS MEXICANOS NO ESTAMOS ORGANIZADOS. A TODO VAMOS SOLOS, SI VAMOS.